

LIBROS / Narrativa, Poesía y Ensayo

# Merengue epistolar

## Cartas sobre Luis II de Baviera y Bayreuth

Richard Wagner. Edición, traducción y prólogo de Blas Matamoro  
Fórcola. Madrid, 2013  
186 páginas. 15,50 euros

## Entre la historia y el mito. El tiempo de Wagner

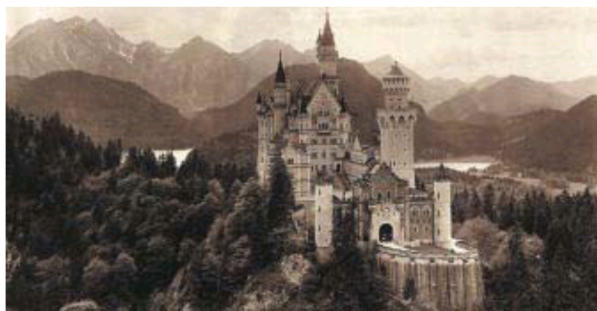
Enrique Gavilán  
Akal. Madrid, 2013. 274 páginas. 20 euros

Por R. Salas

**ENSAYO.** “DE VEZ EN CUANDO nos tomarán por locos”. Esto dijo una vez la emperatriz Sissi hablando, en la intimidad, de su primo el rey Luis II de Baviera, monarca tragicómico a medio camino entre su invención de una siempre irracional y primigenia Disneylandia y la enfermiza pasión amorosa y melómana por Richard Wagner. Blas Matamoro (Buenos Aires, 1942) pone en manos del lector en castellano una serie de cartas no traducidas antes, y las completa con un interesante texto también del propio Wagner de mayo de 1873 (un añadido a la memoria de la colocación de la primera piedra del teatro de Bayreuth) que permiten hacerse un dibujo preciso de qué pensaba el compositor de Leipzig del rey bávaro y a qué respondía su manera de actuar. En las cartas se habla tanto de dinero como de inspiración artística; hay tanta fogosa adulación como una

guen haciendo falta puntos de vista como el de Matamoro, aun siendo discutible ese detalle en exceso coloquial de llamarle “Ricardón” una y otra vez, no digo que de dudoso gusto, pero sí graciosamente irreverente, sobre todo a ojos de cualquier hueste wagneriana; otra cosa es cuando califica con cierta conmisericordia a Luis II como “un loco lindo”, enternecedor término de la psiquiatría porteña. Matamoro, sin desear la ironía en el análisis del material epistolar, nos pone en la encrucijada (o evidencia) de revisar un montón enorme de lugares comunes y latiguillos que lastran esencialmente los valores perdurables del legado wagneriano, que se intuye y da en la música y no en otro sitio. El retrato del rey Luis II de Baviera también va en esa misma dirección: “Si se me permite una exageración analógica, diré que el principal órgano sexual del monarca era el oído”, apunta cuando su estudio se adentra en la naturaleza de las relaciones de ambos personajes, rey y músico. Entre ellos no se escatimaron lengüetazos lingüísticos, ya que, como parece, no hubo otros. A veces tal sucesión de vocablos parece una torre de empalagosos merengue comparable a las del castillo de Neuschwanstein. El *pre-kitsch* (término, por cierto, con carta de naturalización muniquense) tiene aquí, en ese fondo epistolar, su verbo, pues como ha dicho un estudioso también argentino, la esencia del *kitsch* no es otra cosa que esencia romántica.

Por otro lado, con el libro del académ-



Castillo de Luis II de Baviera en Neuschwanstein (Alemania). Foto: Corbis

declarada e intuitiva, poderosa urgencia de mantenerse en el candelero de Luis. Es verdad que hay que leerlas con distancia, y para eso ayuda muchísimo el muy elaborado prólogo de Matamoro.

Tras sus espléndidos ensayos *Marcel Proust y la música* y *Thomas Mann y la música* (ambas en Singulares, 2009), Blas Matamoro siguió oyendo música e indagando en ese largo periodo, que sin ser exactamente el mismo, atañe también a Richard Wagner, lo que va desde el romanticismo hasta el tardoimpresionismo. Para decirlo de otra manera, la sombra y cierto palpito de Wagner están muy vivos en Proust y en Mann. Y de aquellos cofres ilustrados a estas cartas reveladoras y su análisis en una edición cuidadosamente ilustrada. Con toda probabilidad, el humor de un wagneriano convencido no será el mismo, ni parecido, al de Matamoro, cuya retranscripción (como cualidad) ya le excluye de cualquier coro devoto, y ahí está también con toda seguridad el interés principal de su texto, que más que un prólogo, es un pequeño ensayo, un paisaje revelador y distante, ácido y entretenido, poniendo al lector dentro de la archifamosa gruta, montado en el cisne y, al final, en las procesionales aguas del lago helador.

A los misterios, habladurías, leyendas y extremos que rodearon la vida común de Wagner y el Rey Loco, Matamoro añade una óptica más prismática, apoyando la idea de Magee de un Wagner trascendente, sí, en su esencia artística, pero no basado en prefiguraciones y estereotipos que precisamente las cartas escogidas echan por tierra. Está claro que con Wagner si-

co Enrique Gavilán Domínguez (Valladolid, 1952) nos encontramos ante un tomo que reúne algunos textos publicados con anterioridad (pero remozados para la presente edición) y otros capítulos escritos expresamente para dar cohesión al volumen. Es una empresa ambiciosa desde la óptica de un wagneriano de pro que se alomohadilla entre la potente erudición y lo que el mismo autor llama en un momento “punto de vista periférico”. Gavilán es desde 1988 profesor invitado en la Universidad de Bayreuth y ha publicado antes prolijamente sobre Wagner, tanto desde el estudio comparado como desde la búsqueda de hilaturas de pensamiento y estética. Complejo y de lectura densa hasta lo laberíntico, está muy bien escogida la ilustración de su portada: un fragmento de la tercera versión del cuadro *La isla de los muertos* (Berlín, 1883) de Arnold Böcklin, de las varias que pintara. De modo que este cuadro se hizo el mismo año que murió Wagner en Venecia. De la génesis del cuadro, poco se sabe y hay quien ve una isla cementerio en la laguna véneta. Lo que sí es ineludible es su poder, si se quiere, “wagneriano”, su fuerza trágica de último viaje ceremonial. Y ese poder sinfónico transita la escritura de Gavilán, una invitación comprometida a la disección del tiempo wagneriano y sus efectos, ese “tiempo artístico” que permite al autor analizar montajes sucesivos de las óperas a las que ha tenido acceso y, quizás lo mejor, proponer al lector iniciado ese viaje, elevado, complejo y hasta agotador, que no deja de ser solemne y tener algo de Caronte. ●

## Pleno Verano. Poesía Selecta

Dereck Walcott  
Edición bilingüe  
Traducción de José Luis Rivas  
Vaso Roto Ediciones. Madrid-México, 2012  
475 páginas. 25 euros

**POESÍA.** EL AFICIONADO que no conociera antes la poesía de Dereck Walcott (Santa Lucía, 1930), premio Nobel en 1992, tiene ahora una perfecta ocasión para asomarse a ella, con un recorrido completísimo que va desde su temprano libro *En una noche verde* (1962) hasta *El hijo pródigo* (2004), sin incluir ninguna muestra —ignoro por qué— de *Garcetas blancas* (2010), un muy buen libro que enseguida se tradujo al español (Bartleby, 2010) y que comenté en su momento en estas mismas páginas. La traducción de estos poemas selectos es siempre rigurosa, discrepancias al margen en algunas ocasiones, como con cualquier traducción que se precie. Solo una muestra: “sense of home” se convierte en la versión de Rivas “sentimiento de terruño”, perfectamente legítimo, pero yo hubiera preferido —cuestión de gustos— “sensación de hogar”. “Llega muy deprisa esta aplazada sensación de hogar / este aplazado sentimiento de terruño”. Escoja el lector. Además, Walcott es un poeta de lengua exuberante y compleja, con frecuencia embutida en moldes métricos estrictos, en los que demuestra ser un maestro (aunque —desde Wordsworth— sabemos que maestría métrica no equivale a maestría poética, ni de lejos). Las buenas traducciones —y esta lo es— compensan las pérdidas con ganancias que provienen de saber reencontrarse con lo que queda de la experiencia (si la hay de verdad), una vez que ha sido despojada de la pedería métrica (para Goethe —al que sigo— ese era el fundamento de la traducción de poesía). En este caso, el exuberante universo de Santa Lucía, pasado por montones de filtros sensitivos, se yergue en castellano como un auténtico cosmos, en el que caben todas las sensaciones que recrean una y otra vez el mundo objetivo, según la luz que aportan “los relámpagos de vida interior”, que son los que deciden

numerosas ocasiones, tanto si es la propia poesía el motivo como si lo es la pintura (no lo olvidemos: artes hermanas). Chardín y Vermeer poseen “el don de ver las cosas como son” y a la poesía solo le exige “el verdadero sentimiento” y “salvar la luz salobre de la isla”. Es decir, la poesía no como trofeo social sino como “relámpago interior” y no como condecoración institucional sino como salvación de lo que amamos. **Ángel Rupérez**



## Rompiendo amarras. La izquierda entre dos siglos. Una visión personal

Ramón Cotarelo  
Akal. Madrid, 2013  
382 páginas. 16 euros

**ENSAYO.** ESTE ENSAYO de Ramón Cotarelo contiene en su interior cuatro textos que responden a enfoques singulares. El primero es un balance sobre la vida de la izquierda a lo largo del siglo XX. Se trata de un texto académico que, en la forma de escrito de alta divulgación, pasa revista a las dos grandes corrientes del movimiento obrero, la socialdemocracia y el comunismo. Presta en el particular atención al lugar de los intelectuales y a la crisis del modelo soviético, ofreciendo una informada y eficaz síntesis de la cuestión. En el segundo texto aborda Cotarelo la posibilidad de una reconstitución de la izquierda. Se trata en este caso de un ensayo dominado por el punto de vista del filósofo político en que se explicitan las bases sobre las que a su juicio cabe recuperar un discurso de izquierdas. Serían éstas la asunción de las causas del ecologismo, el feminismo, el cosmopolitismo y la utilización del ciberespacio y la movilización utópica como instrumentos de batalla política. Se adivina en este texto una pulsión ácrata que no resta, sin embargo, interés y justificación a sus propuestas.

El tercer texto vendría dado por los dos primeros epígrafes de la tercera parte del libro presentada bajo el título de *La experiencia vivida*. En él ofrece el autor un espléndido relato biográfico en que se entremezclan sus avatares familiares y su experiencia de oposición al franquismo. Se trata de un brillante relato en que el autor manifiesta su capacidad de escritor que le permite transitar del papel de un académico consagrado al estudio de la Ciencia Política y de un filósofo político de altos vuelos al de un narrador de la mayor calidad literaria.

El cuarto texto vendría integrado por sus ensayos de intención más periodística centrados en la transición española, el felpismo y la vida política en estos últimos años. Especialmente notable resulta su reflexión sobre la transición, un tema al que el autor se ha enfrentado detenidamente en su trabajo académico. Destaca la existencia de dos enfoques dominantes en la visión de la misma: el “proceso modélico” y la “encarnación de la traición”. Sin tomar partido por ninguno de los dos, no puede menos Cotarelo que preguntar a los defensores de la teoría de la traición por las vías alternativas por las que podría haber discurrido el proceso que terminó con el restablecimiento de la democracia en España. El autor no abandona en este escrito las referencias personales en el desarrollo de los acontecimientos posteriores a la transición en la vida política española, lo que sin duda da ocasión a referencias polémicas, pero siempre razonables. Se trata en definitiva de un ensayo o de una colección de ensayos del mayor interés, fruto del trabajo de un académico que ha vivido los temas abordados en el libro con una intensidad y una proximidad poco comunes en la vida pública española. **Andrés de Blas Guerrero**



la verdad poética (el resto es impostura o relejería).

La exuberancia descriptiva característica de Walcott no está exenta de una tensión constante que procede de la lucha entre opuestos como el exilio y el regreso, la vida y la muerte, la celebración y la elegía, la historia desgarrada y el presente degradado, con un fondo, difuso a veces, de complejidades multiculturales y raciales que provoca identidades inseguras: “No soy sino un mulato rojizo / que ama el mar, / tuve una sólida educación colonial, / tengo dentro de mí un holandés, un negro, un inglés, / y también soy nadie, o soy una nación”. O antes (hacia 1964): “¿Con qué me quedo, / con el África o con la lengua inglesa que amo?... / ¿Cómo mirar enfrente tal matanza y quedarse tranquilo? / ¿Cómo darle la espalda al África y quedarse tranquilo?”. Esa tensión constante, o lucha sin cuartel entre esas entidades mencionadas antes, enriquece sin duda la poesía de Walcott que, de lo contrario, correría el riesgo de ser una especie de estampa interminable de bellezas sin alma. Pero Walcott esquiva bien ese peligro, a pesar de sus reiteradas monotonías, con esas inyecciones de conflicto y tormento que dan a la belleza carne humana, como la muerte le da oscuras sombras, en particular la muerte de la madre que marca un antes y un después: “Ella se llevó el tiempo para siempre”. Por otro lado, Walcott da muestras de poseer una conciencia estético-ética que recorre su poesía en